

CAPITULO III

SIGNIFICACIÓN DE LOS GRANDES HOMBRES EN LA HISTORIA DE LOS PUEBLOS

Los grandes progresos de la civilización han sido siempre realizados por una pequeña élite de espíritus superiores.—Indole de su significación.—Sintetizan todos los esfuerzos de una raza.—Ejemplos suministrados por los grandes descubrimientos.—Papel político de los grandes hombres.—Encarnan el ideal dominante de su raza. Influencia de los grandes alucinados.—Los inventores de genio transforman una civilización.—Los fanáticos y los alucinados fundan la historia.

Estudiando las jerarquías y la diferenciación de las razas, hemos visto que lo que distingue principalmente á las de Europa de las de Oriente es que las primeras tienen sus respectivas élites de hombres superiores y las segundas no.

Esta pequeña falange de hombres eminentes que todo pueblo civilizado posee, y cuya supresión en cualquiera de ellos y por el transcurso de una generación nada más, sería bastante á rebajar de un modo harto considerable el nivel mental del mismo, constituye la verdadera encarnación del poder de una raza. Es á las élites á quienes se deben los progresos realizados en las ciencias, las artes, la

industria y en todas las ramas; en fin, de la civilización.

La historia demuestra que es á estos pequeños grupos de hombres escogidos á lo que debemos todos los progresos realizados. Aunque se aprovechan de los progresos, las multitudes no estiman casi á quienes se los han proporcionado, y los más grandes pensadores ó inventores han sido con suma repetición del hecho mártires de las multitudes. Sin embargo todas las generaciones, todo el pasado de una raza se condensa en estos hermosos genios que son la maravillosa floración de las razas. Ellos son las verdaderas glorias de una nación, y todos los ciudadanos, aun los más humildes, pueden enorgullecerse de ellos. No aparecen al azar y por milagro, sino representando el coronamiento de un largo pasado. Ellos sintetizan la grandeza de sus tiempos y de sus razas. Favorecer su aparición y su desenvolvimiento, es favorecer el desarrollo del progreso, del cual obtendrá beneficios toda la humanidad. La igualdad no puede existir sino en la inferioridad; ella es la ilusión obscura y pesada de los mediocres vulgares. Para que la igualdad reine en el mundo, es necesario rebajar todo lo que constituye el valor de las razas hasta el nivel de los menos elevados.

Pero si el papel de los hombres superiores es considerable en el desenvolvimiento de una civilización, no es sin embargo siempre tal como ge-

neralmente se cree. Consiste su acción, repito, en sintetizar todos los esfuerzos de una raza; sus descubrimientos son siempre el resultado de una larga serie de descubrimientos anteriores; ellos levantan un edificio con piedras que otros han tallado lentamente; los historiadores, muy simplistas por lo común, han creído poder siempre poner ante cada invención el nombre de un solo individuo y, por tanto, entre las grandes invenciones que han transformado el mundo, tales como la imprenta, el vapor, el telégrafo eléctrico, no hay una sola de la cual se pueda decir que ha sido inventada por un solo cerebro. Cuando se estudia el génesis de tales descubrimientos, siempre se ve que nacen de una larga serie de esfuerzos preparatorios realizados por diferentes personas, durante el transcurso de largo tiempo. La invención final no es más que un coronamiento. La observación hecha por Galileo de el isocronismo de una lámpara en suspensión, prepara la invención de los cronómetros de precisión, de donde habría de resultar para los navegantes la posibilidad de hallar con seguridad su ruta sobre el Océano, cuando se hubieren desviado de ella.

La pólvora de cañón ha salido del fuego griego, lentamente transformado. La máquina de vapor representa la suma de una serie de invenciones, cada una de las cuales ha exigido inmensos trabajos. Un griego de los tiempos antiguos,

aunque hubiese tenido un espíritu genial más intenso que el de Arquímedes, no hubiese podido descubrir la locomotora, para lo cual ha sido preciso que la mecánica realice progresos durante dos mil años.

Siendo en apariencia más independientes de las imposiciones del pasado los políticos que los inventores, no lo son sin embargo mucho más. Cegados por el brillante resplandor de la enaltecedora calificación de *hombres que transforman la existencia política de los pueblos*, que les dedican escritores, como Cousin y Carlyle, los hombres de Estado se han tenido por semidioses, cuya sola voluntad transforma la vida de las naciones. Pueden sin duda turbar la evolución de una sociedad, pero no les es dado cambiar su curso. El genio de un Cronwel ó de un Napoleón no podría cumplir plan semejante. Los grandes conquistadores pueden destruir por el hierro y el fuego las poblaciones, los hombres, los imperios, como un niño puede incendiar un museo lleno de tesoros de arte; pero este poder destructor no debe ilusionarnos respecto á la naturaleza de la importancia de los conquistadores. La influencia de los hombres políticos no es durable más que cuando, como César y Richélieu, saben dirigir sus esfuerzos en el sentido de las necesidades del momento; la verdadera causa de sus éxitos son generalmente bastante anteriores aun á ellos mismos. Dos ó tres

siglos antes, César no hubiese podido someter la gran República romana á la voluntad de un soberano, y á Richélieu le hubiera sido imposible realizar la unidad de la nacionalidad francesa. En política, los verdaderos grandes hombres son los que presienten las necesidades que puedan surgir, los que preven los acontecimientos que haya preparado el pasado y señalan el camino que con vista de ello se deba seguir. Podrá tal vez no seguirle nadie; pero pronto la necesidad de la evolución encarrilará en él á los pueblos, bajo la presión de los destinos cuyos genios presidan á la sazón la vida. Es así también como los grandes inventores sintetizan el resultado de un largo trabajo anterior.

No se puede ir muy lejos sin embargo en la admisión de estas analogías, entre los grandes hombres. Los inventores tienen una gran participación en la civilización futura de los pueblos, pero ninguna *inmediata* en su historia política. Los hombres superiores á quienes se deben, desde la carreta hasta el telégrafo, todos los importantes descubrimientos que son el patrimonio común de la humanidad, no han tenido nunca las cualidades necesarias para fundar una religión ó conquistar un imperio; es decir, para cambiar visiblemente la marcha normal de la historia. El pensador ve demasiado la complejidad de los problemas, para tener jamás convicciones muy profundas, y son muy pocos los fines políticos que les parecen dignos de

sus esfuerzos. Los inventores pueden modificar á la larga una civilización; los fanáticos, las inteligencias estrechas; los caracteres enérgicos y los apasionados pueden fundar religiones é imperios y soliviantar el mundo. A la voz de un Pedro el Ermitaño, millones de hombres se precipitaron contra el Oriente; las palabras de un alucinado, como Mahoma, tuvieron la fuerza necesaria para triunfar del mundo grecorromano; un monje oscuro, Lutero, puso la Europa en revolución. Los fanáticos y los alucinados crean la historia.

¿De qué se componen los libros de la historia sino de largos relatos de luchas sostenidas para crear un ideal, adorarle luego, y al fin destruirle? ¿Y ante la ciencia pura tienen esos ideales más valor que los vanos espejismos creados por la luz sobre las arenas del desierto?

Eso son los alucinados, creadores de espejismos que transforman hondamente la faz del mundo. Desde el fondo de sus tumbas encorvan el alma de las razas bajo el yugo de su pensamiento y obran sobre el carácter y el destino de los pueblos.

No neguemos la importancia de su papel en el mundo; pero téngase presente que han realizado sus respectivas acciones, porque han encarnado y expresado el ideal de su raza y de su tiempo. No se puede ser conductor de pueblos sino encarnando esas poderosas ilusiones. Moisés ha repre-

sentado para los judíos la más vigorosa encarnación del deseo común á todos ellos y sentido por la raza durante largos años, de ser emancipada de la esclavitud de los egipcios. Budha y Jesús sintieron hondamente la miseria universal de sus tiempos y encarnaron el vivo deseo de caridad y de piedad que henchía el corazón de las multitudes y le convirtieron en religión. Mahoma realiza mediante la unidad de la religión la unidad de un pueblo dividido en numerosas tribus rivales unas de otras. El genio militar de Napoleón encarna el de la gloria militar y el de la vanidad de la propaganda revolucionaria, que eran entonces la característica del pueblo que él paseó durante quince años á través de Europa, en persecución de las más locas aventuras.

Son, pues, las ideas, y por consiguiente aquellos que las encarnan y propagan, quienes dirigen el mundo. Su triunfo es seguro cuando toman su defensa los alucinados y los convencidos. Poco importa que sean verdaderas ó falsas. La historia nos prueba que han sido siempre las ideas más quiméricas las que mejor han fanatizado á los hombres y han hecho mejor papel en la vida de los pueblos. A nombre de las mayores quimeras ha sido el mundo trastornado hasta hoy; han sido destruidas civilizaciones que parecían imperecederas, y han sido fundadas otras. No es el reino de los cielos, como el Evangelio dice, el que está prome-

tido á los pobres de espíritu, sino el de la tierra, con la sola condición de que estén alucinados por la fe, que levanta las montañas. Los filósofos que se consagran durante siglos á destruir lo que las convicciones han creado mediante la fe en un día, deben inclinarse ante aquéllos. Los convencidos son parte de las fuerzas misteriosas que rigen el mundo. Ellos han determinado los acontecimientos más importantes que registra la historia.

Los convencidos han propagado numerosas ilusiones, sin duda alguna; pero es de ilusiones, á la vez poderosas, vanas y seductoras, de lo que la humanidad ha vivido y seguirá viviendo todavía. Gracias á ellas, nuestros padres han conocido la esperanza, y en su marcha heroica, persiguiendo tales sombras, sacando á la sociedad de la barbarie, nos prepararon el lugar que ocupamos en el camino del progreso. De todos los factores de desenvolvimiento de las civilizaciones, las ilusiones son acaso los más poderosos. Fué una ilusión la que hizo surgir las pirámides y durante cinco mil años erizó el suelo de Egipto de colosos de piedra. Fué una ilusión la que durante la Edad Media edificó gigantescas basílicas é impulsó al Occidente contra el Oriente por lograr la conquista de una tumba. Ha sido persiguiendo ilusiones, como se han fundado religiones que han dominado las conciencias de más de la mitad de la humanidad y como se han edificado y destruído los más vastos

imperios. No ha sido persiguiendo la verdad, sino el error, como la humanidad ha prodigado los mayores esfuerzos. Ella no puede lograr los fines quiméricos que persigue; pero persiguiéndolos es como ha realizado todos los progresos que, en verdad, no perseguía.